

La vida en la Parte Vieja donostiarra entre principios y mediados del siglo XX. Apuntes etnográficos sobre una familia humilde

Daily life in the old part of the city of Donostia-Saint Sebastian, between the beginning and the middle of the 20th century. Ethnographic notes about a lower class family

Salinas Elozegi, Aitziber

Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea
<https://orcid.org/0000-0002-5391-9200>
aitzis@yahoo.com

BIBLID [ISSN: 1137-439X, eISSN: 2243-9940 (2020), 38; 93-102]

Recep.: 16.10.2020

Acep.: 29.12.2020

Resumen: La Parte Vieja de Donostia entre principios y mediados del siglo XX estaba habitada por personas con escasos recursos que formaban una red de vecindad siempre dispuesta a echar una mano. El vecindario era una gran familia que se encargaba de las personas enfermas, de que no faltara comida, de repartir el trabajo y también de celebrar. Así lo constatan los testimonios de Jesusa Igareta, Fani Igareta, Mari Carmen García de la Yedra y María Pilar García de la Yedra. Sus relatos permiten retratar un concepto de vecindad basado en: compartir y ofrecer ayuda a los demás de forma incondicional. Además, se reflejan ciertos oficios de la época, muchos de los cuales no existen hoy en día. También se recoge el carácter festivo y de celebración así como los recursos que niños, niñas y jóvenes tenían para divertirse.

Palabras Clave: Vecindad. Casa. Trabajo. Puerto. Pesca. Romería. Juegos. San Sebastián.

Laburpena: Mendearren erdialdeko Donostiako Alde Zaharrea baliabide gutxiko pertsonak bizi ziren, beti laguntzeko prest zegoen auzo-sarea osatzen zutenak. Bizilaguna familia handi bat zen, eta gaixorik zeuden pertsoez arduratzen zen, jatekorik ez izateaz, lana banatzeaz eta ospatzeaz ere bai. Hala diote Jesusa Igareta, Fani Igareta, Mari Carmen García de la Yedra eta María Pilar García de la Yedraen testigantzek. Bere kontakizunek auzotasun kontzeptua irudikatzea ahalbidetzen dute: partekatzea eta besteei baldintzarik gabeko laguntza eskaintzea. Gainera, garaiko lanbide batzuk islatzen dira, horietako asko gaur egun existitzen ez direnak. XX. mendearren erdialdeko jai eta ospakizun izaera ere jasotzen da, baita haur eta gazteek ondo pasatzeko zituzten baliabideak ere.

Gako hitzak: Auzotasuna. Casa. Lana. Kaia. Arrantza. Erromeria. Jolastak. Donostia.

Résumé: Le vieux Donostia, au début et milieu du XXe siècle, était habitée par des gens aux ressources limitées qui formaient un réseau social dans le quartier, chargé de prêter secours et assistance aux voisins. Face les maladies, la faim et les difficultés, les gens du quartier étaient une grande famille. Elle s'est occupée de la distribution du travail et de l'organisation des fêtes. Ceci est confirmé par les témoignages de Jesusa Igareta, Fani Igareta, Mari Carmen García de la Yedra et María Pilar García de la Yedra. Grâce aux informations de ces personnes nous connaissons leur idée du quartier: partager et offrir de l'aide aux autres sans rien attendre en retour. Nous avons également des données sur des métiers déjà disparus et sur les divertissements et les jeux typiques des 'enfants et des jeunes.

Mots Clé: Quartier. Maison. Travail. Port. Pêche. Pèlerinage. Jeux. Saint-Sébastien.

Abstract: The Old Town of Donostia in the middle of the century was inhabited by people with limited resources who formed a neighborhood network always ready to lend a hand. The neighborhood was a large family that took care of sick people, that there was no shortage of food, of dividing the work and also of celebrating. This is confirmed by the testimonies of Jesusa Igareta, Fani Igareta, Mari Carmen García de la Yedra and María Pilar García de la Yedra. Their stories allow portraying the concept of neighborhood: sharing and offering help to others unconditionally. In addition, certain trades of the time are reflected, many of which do not exist today. The festive and celebratory nature of the mid-twentieth century and the resources that children and young people had to have fun are also collected.

Keywords: Neighborhood, House, Work, Port, Fishing, Pilgrimage, Games. Donostia-San Sebastián.

INTRODUCCIÓN

La Donostia-San Sebastián de principios del siglo XX es una ciudad recién construida. El incendio del 31 de agosto de 1813 deja un escombros humeante de tristeza y recuerdos terroríficos. Solo quedan en pie una treintena de casas situadas en la calle Trinidad –que a consecuencia de este suceso se denomina hoy 31 de Agosto– y las dos parroquias de Santa María y San Vicente. Pero la población donostiarra no cesa en el intento de refundar la ciudad. Trabaja en la recuperación de los derechos, la construcción de hospitales, la asistencia a los vecinos sin vivienda, los planes de rehabilitación y la tarea de levantar edificios nuevos en los que queda plasmado el ‘espíritu donostiarra’.

Lo que hoy conocemos como Parte Vieja de Donostia es consecuencia de lo que el arquitecto Ugartemendía planifica como la nueva ciudad de intramuros en la reconstrucción posterior a 1813. Se trata de una Parte Vieja cercana al mundo rural, aunque sus habitantes viven en pisos construidos en vertical y su actividad comercial está relacionada con la pesca y los servicios.



Figura 1. Partido Judicial de San Sebastián¹

Donostia comienza el siglo XX con 35.000 habitantes y en 1925 ya suma 65.000. El presupuesto municipal, que al comenzar el siglo asciende a 2.189.410 pesetas, llega a los 8.887.229,57 veinticinco años más tarde. No solo se incrementan las cifras, también sube la actividad constructiva. Finalizado el ensanche de Cortázar, sigue existiendo la necesidad de construir nuevos edificios. A partir del año 1911 comienza a hacerse realidad el ensanche de la orilla derecha del Urumea, en 1921 sucede lo propio con el del Antiguo y tras las obras de canalización del cauce del Urumea, en 1924, se proyecta ubicar suelo urbano en las antiguas marismas de Amara, donde años más tarde nacerá un nuevo barrio.

1. Las ilustraciones 1, 2, 4, 5, 6, 7 y 8 provienen de Serapio Múgica Zufiría, "Guipúzcoa", *Geografía General del País Vasco-Navarro*, 1918, y la ilustración 3 de *Kutxa Fototeca*.



Figura 2. Vista antigua de Donostia

Además de casas, se construyen edificios señoriales. El Hotel María Cristina y el Teatro Victoria Eugenia son inaugurados en 1912 y se crean el Balneario de la Perla y el palacio de Justicia, entre otros. El Paseo Nuevo se inaugura entre 1917 y 1919 –se realiza en dos tramos– y el Monte Urgull se convierte en parque público cuando lo compra el ayuntamiento en 1921. En el barrio de Gros, franceses, belgas y alemanes instalan sus fábricas y talleres y en 1922 se construye el Gran Kursaal.

La Belle Époque nacida en París llega a también a Donostia. Pero esta época llena de glamour, en la que se inaugura la Exposición de París, se construye el Titanic, o se inventa el cinematógrafo no es igual para todos. La mayoría de los vecinos de la Parte Vieja viven ajenos a estas realidades, son familias muy humildes y ni siquiera son propietarias de sus casas. Las desigualdades sociales son abismales. Este período se ve bruscamente interrumpido por la Primera Guerra Mundial, lo que provoca que en la ciudad se den cita importantes personajes de la aristocracia, de la política y de las artes europeas que huyen de los campos de batalla. A la Belle Époque le sucederán ‘Los felices años 20’, aunque, nuevamente, solo unos pocos vivirán en la opulencia.

La Parte Vieja era un lugar en el que vivía fundamentalmente gente con escasos recursos, donostiarra que mantenían una relación muy cercana con sus vecinos y que, ante tantas necesidades, siempre estaba dispuesta a echar una mano. Si alguien necesitaba ayuda, contaba con la vecindad para poder salir adelante. “Eran para nosotros familia. No familia de decir de madre o padre. Pero eran familia en el sentido de que eran como hermanos y tíos”, explica Fani Igareta al referirse a aquella familia que ocupaba “la otra mano”. No había enfermo que se quedara solo en casa, el vecindario se encargaba de organizar los turnos para cuidarle. La comida que entraba en una casa se compartía con los vecinos en meriendas.

Serapio Múgica se refería así a la Parte Vieja donostiarra en *Geografía de Guipúzcoa* (1918):

“La Parte Vieja es zona íntima, recogida, silenciosa, albergue de los humildes, de los pescadores que siguen luchando con el mar, de los tenderos modestos, sucesores de quienes pusieron en Donostia la primera tenducha de alpargatas, de cigarros, de aceites... Es la hondonda en que han quedado acumuladas las hojas que resisten al vendaval impetuoso del frenético cosmopolitismo que inunda la ciudad”.

La Parte Vieja la forman calles de unos seis u ocho metros de ancho, llanas y casi todas rectas. Las calles no son lujosas, pero están limpias y cuentan con un buen firme. El barrio lo forman las siguientes calles: La Alameda, Ángel, Campanario, Embeltrán, Esterlines, Frente al Muelle, Igentea, Iñigo, Juan de Bilbao, Mayor, Muelle, Narrika, Perjuantxo, Pescadería, Puerto, Puyuelo, San Jerónimo, San Juan, San Lorenzo, San Vicente, Subida al Castillo, 31 de Agosto y Bilintx.



Figura 3. Rincón de la Parte Vieja (Fuente: Kutxa Fototeka)

1. LA CASA

La familia Igareta-Egiguren, formada por once hermanos, vivió durante años en la calle Mayor número 5, que tenía una fachada a Fermín Calbetón. Una casa de la que sus habitantes recuerdan sobre todo la cocina y la de gente que se acercaba a comer algo o a calentarse la espalda. “Era de carbón, estaba siempre caliente y nunca faltaba comida encima. Teníamos incluso agua caliente gracias a la cocina de carbón”, cuenta Fani sobre aquella vivienda que acogía una familia de once hermanos que constaba de tres habitaciones que daban a la calle, con balcón corrido, otra habitación que daba al patio, otra cerrada donde Fani atendía a las clientas que acudían a ella para arreglarse el pelo, dos cuartos de baño y una enorme cocina “siempre caliente”.

“Solían venir los médicos y decían que era una casa de salud. Daba a Uliya y Urgull”, apostilla Jesusa orgullosa de la casa familiar. Cuando los dueños tuvieron que reformarla –tirarla y volverla a construir–, se alojaron en el primer piso del número 12 de la calle San Lorenzo esquina Narrika, de la que recuerdan “aquél mirador... ¡qué bien estuvimos!”, dicen las hermanas sin poder evitar un tono de nostalgia.

2. LA VECINDAD

Los hermanos de Jesusa y Fani trabajaban en el Puerto, la relación con las personas del Muelle era buena, “nos llevábamos bien”. El padre de la familia fue el último en encargarse de abrir y cerrar las compuertas del puerto con la ayuda de sus hijos, que también trabajaron como rederos, por lo que la familia estuvo muy unida a la vida pesquera de la ciudad. En referencia al piso de la Calle Mayor, Fani cuenta que “las del piso de arriba eran las porteras de la casa, teníamos porteras y todo, nos querían mucho, se llamaban Concha y Juanita. Los que vinieron más tarde también nos apreciaban”. Era una época en la que las viviendas no tenían cerradura, las puertas de las casas estaban abiertas y el patio común era testigo de conversaciones y pequeñas fiestas improvisadas. En la actualidad, a pesar de no vivir en la Parte Vieja, la familia todavía mantiene una relación muy cercana (“nos queremos mucho”) con la familia que vivió en la otra mano del mismo piso de la calle Mayor: “Eran para nosotros familia. No son familia de decir de madre o padre. Pero eran familia en el sentido de que eran como hermanos y tíos.

Esos ya saben la vida que hemos hecho nosotros”. A la hija de la familia que vivía en frente le encantaba la nata y Fani era testigo de los *pecados* que cometía sin que le vieran, porque el patio comunicaba las vidas de las dos familias. “Yo le veía comerse la nata de la leche y le decía: ¡Matilde! ¡Que no te conviene, que vas a engordar!”, y las dos guardaban el secreto cómplice de los tiempos mozos. Casi todo el vecindario acudía a menudo al hogar de la familia Igareta. “La vecina Roxali también. En Navidades venían a bailar y a cantar, solíamos hacer muchas fiestas en nuestra casa. ¡Cuánto hemos cantado y bailado en mi casa o en el patio...! Como una familia todos”, recuerdan.



Figura 4. La calle

Pero los vecinos no sólo se acercaban en los buenos momentos, también estaban cuando se les necesitaba: “Se ayudaba mucho, cuando pasaba algo, todas a ayudar. Que si a fulana de tal le ha pasado esto, o lo otro”. Fani paseaba una noche de su juventud con un joven por el Paseo Nuevo, hasta que un policía que vigilaba desde Urgull, además de llamarles la atención, les impuso una multa que la joven, peluquera de profesión, no sabía cómo arreglárselas para pagar. Fani acudió entonces a una clienta del barrio y le pidió que le adelantara el dinero que le cobraba por el servicio para poder pagar la multa.

La vecina se prestó a adelantarle el pago y así pudo solventar sus deudas con la justicia. Pero la solidaridad entre vecinos era habitual entre los habitantes de la Parte Vieja. Los Igareta Egiguren huyeron de Donostia con la llegada de la Guerra Civil. Cuando terminó volvieron a San Sebastián. “No sabíamos cómo volver a casa. Nos trajeron en unos vagones de tren. Pero tuvimos que pasar una noche en Atotxa. Para salir de allí, alguien te tenía que avalar. Había un matrimonio que vivía a nuestro lado y conocían a un militar que les debía un favor. Luni –la vecina– le dijo: “Tengo una familia en Atotxa y lo más importante es sacarlos”, recuerda Jesusa. Por lo que pudieron salir libres. Para entonces, Jesusa ya se había casado con un joven que trabajaba en la tienda de herramientas Barandiaran, en el número 45 de la calle Fermín Calbetón y vivía en la calle Easo junto a su marido. Fani y su madre –Mikaela– tuvieron que esperar hasta que una familia de Palma de Mallorca que durante la Guerra Civil se instaló en la vivienda de la calle Mayor saliera de allí.



Figura 5. Vecinos de la Parte Vieja de Donostia

3. EL TRABAJO

Redero, bombero, barrendero, pintor, modista, cigarrera, peluquera, encargado de la compuerta del puerto... Mikaela Egiguren y Blas Igareta tenían once bocas que alimentar, pero nunca les faltó de nada. Todos los hijos e hijas trabajaban y colaboraban en la economía doméstica: "Aquí hemos hecho de todo". Jesusa era modista: "Por una chaqueta de punto, de niña, me daban un huevo. Me venía muy bien, no había comida entonces y salimos adelante". Fani era peluquera, tenía clientas que peinaba a domicilio y atendía también en una habitación que tenía preparada para esa labor en la casa de la calle Mayor. "Todas me han querido, tenía muy buena clientela".

Como ya se ha mencionado, el padre de la familia, Blas Igareta, fue el último en encargarse de abrir y cerrar las compuertas del puerto, pero también se encargaba de la limpieza de la zona, labor para la que contaba con la ayuda de sus hijos. En el espigón del Muelle, el encargado de las compuertas tenía una caseta en la que había "una cama bien puesta", ya que pasaba algunas noches allí para dejar entrar a los barcos mayores:

"Le tenían que pedir permiso para abrir y cerrar las puertas en el espigón. Antes solían venir aquí los barcos que traían de todo. Incluso había uno, el Añorga, que cada vez que venía se decía que traía con él la lluvia".

Cuando un barco tenía que entrar a puerto, fuera la hora que fuera, solo Blas podía abrirles el paso. Los servicios realizados a horas intempestivas, los arrantzales los pagaban con obsequios realizados con la mercancía de los barcos: "Una merluza o lo que fuera, porque en el puerto entraba de todo". Reflejo de que se trataba de una familia muy conocida fue el funeral del padre de familia, al que acudió mucha gente. Era la época en la que los Igareta Egiguren vivían en la calle Narrika y desde el mirador las niñas pudieron ver el cortejo fúnebre dedicado a su padre: "La calle Narrika estaba repleta de gente. Los paseantes pensaban que se trataba de alguna persona importante por la cantidad de gente que se reunió: es una persona que tiene once hijos, decían".

La madre de Mikaela, Juana, abuela de Jesusa y Fani, tenía una caseta en la playa, “iban de bañeras”. Los veraneantes se acercaban a Donostia y los bañeros se encargaban de atenderles y acompañarles al agua. “Se metían al agua con los bañeros, a mis hermanos les pedían que fueran cuando había mucha gente. Antes había una fila de madera y luego había casetas que se bajaban y se llevaban al agua”. Para ayudar a los turistas a bañarse, colocaban cuerdas y así evitaban que la fuerza de la marea les tirara al agua. “En cuanto veían un bañero guapo, que Martín era muy guapo, decían: vamos a que nos bañe ese. Él ya lo sabía”, cuentan las Igarreta sobre su hermano.



Figura 6. El puerto pesquero

Jesusa, además de coser, se encargaba de realizar las labores de la casa. Iba al muelle a lavar la ropa, que la llevaba sobre la cabeza. Su hermana Fani cuenta que:

“No le gustaba nada, nunca quería ir porque le veían los chicos del Muelle y no estaba guapa como para que le vieran. Jesusa era muy guapa y presumida. Tenía a todos los chicos detrás, además no le tomaban el pelo gracias al carácter que tenía”.

No todos los oficios gozaban, en cambio, de buena fama. El marido de la tía Sebastiana que tuvo “un regimiento” de hijos, era taxista, “era un gandul, como todos los taxistas”, según Jesusa.



Figura 7. En el barrio pesquero

4. LA COMIDA

“Tenían once hijos, pero nos cuidaron bien, porque era una época en la que se andaba mal de comida y en nuestra casa nunca faltó”, cuenta Jesusa sobre sus padres. Las buenas relaciones que tenían con los arrantzales, el trabajo constante y el hecho de vivir cerca de un mar repleto de vida supuso una considerable ayuda para esta familia humilde de la Parte Vieja de Donostia. El Muelle era un lugar de trabajo en el que rederos, arrantzales y la venta del pescado capturado creaban un ambiente estrechamente relacionado con la actividad pesquera y comercial del puerto que los Igareta Egiguren supieron aprovechar. “Mi hermano Boni hacía la limpieza del Muelle, éramos muy conocidos, por lo tanto solíamos tener mucho pescado siempre.

Todos los chicos solían traer algo para comer. Incluso las vendedoras me dicen todavía: tu madre nos ha sacado muchas veces del hambre, porque siempre tenía algo para darnos”, reconoce Fani que destaca lo conocidos que eran en la zona. Los domingos, la familia acostumbraba a comer chuleta. Los chipirones, las *txirlas*, percebes, merluza o lapas configuraban el menú diario. Jesusa cuenta cómo la bahía donostiarra surtía de provisión a la familia cuando no había otra cosa que comer:

“Mi madre les decía a los chicos: oye, que me hacen falta chipirones. Y cogían la barca y se iban a la bahía a coger chipirones y así hacer la cena. Nosotros teníamos una lancha, cada uno tenía su barco”.

Los más pequeños de la casa también aportaban su granito de arena a la hora de alegrar la mesa: iban a la playa y cada uno de ellos cogía un paquete repleto de *txirlas*, lapas o percebes.

“Veías unos agujeros pequeños en la arena, unos globos y ya sabías que había una *txirla* o lapa enterrada. Cogíamos mucho, y era muy rico. Hacíamos muchas veces una riquísima sopa”, describe Fani.

No acostumbraban a comprar pescado, pero sí iban a la plaza a por verduras. Fani destaca: “Yo tenía caseras muy conocidas que venían de Hernani y Astigarraga. Lo que pasa es que con el cambio de las obras que han hecho ahora no sé cómo se han quedado”. No era habitual tanta abundancia de comida como la que esta familia solía tener, incluso para las vendedoras. Las comidas eran para la familia donostiarra todo un acontecimiento festivo, un momento agradable para pasar en familia: “Nos sentábamos en la mesa, muy contentos, mi padre se ponía a cantar, porque le gustaba. Igual se había pasado el día trabajando, pero venía a casa de buen humor”. Pero la importancia que se le daba a la comida también dejó alguna anécdota de trágico final que recuerda Jesusa:

“A un chico le operaron del estómago. Antes no miraban muy bien en los hospitales. Hicieron *babarrunas* para comer, y uno que no quería comer más *babarrunas* se las dio al chico recién operado. Éste se las comió, porque tenía buen apetito, y se murió”.

5. VESTIMENTA

Al contar con modistas en la casa, los miembros de la familia Igareta Egiguren siempre fueron elegantes y con buenos atuendos. Sus hermanas vestían a Fani y confeccionaban vestidos de percal para ir a bailar: “Había unas telas preciosas. Sí, éramos presumidas. Como me hacían la ropa, me gustaba mucho, a Jesusa también”. Las alpargatas y los floridos vestidos eran un excelente atuendo para acudir a las romerías y bailes. “El día de Santa Rita era especial, me hacían vestidos especiales para ese día”.

6. OCIO

El *txikiteo* formaba parte de la rutina diaria de la Parte Vieja donostiarra. La hora la marcaba la sirena de la Relojería Internacional, que sonaba al mediodía, antes de comer. La ronda cumplía diariamente el mismo recorrido, comenzando en la calle 31 de Agosto y avanzando de bar en bar hacia la calle Mayor. Estaba muy mal visto que las mujeres entraran solas al bar, por lo que las hermanas Igareta esperaban a sus hermanos en algún punto del recorrido ya conocido, para poder beber un vino con ellos. El trato respecto a los taberneros era muy cercano. “No me pongas de esa botella que está abierta y vete a saber qué tiene”, decían los hermanos cuando el tabernero servía vino para alguna de sus hermanas.

A Fani le gustaba mucho ir a la isla Santa Clara a pasar el día:

“Llevábamos la comida preparada, pero allí había un bar, por lo que si se te olvidaba algo había servicio. Solían ir muchas barcas a la isla. Solíamos estar en la playa de la isla en la que cogíamos percebes, lapas... y más arriba había mesas y sillas en las que comíamos lo que habíamos llevado de casa”.

7. FIESTAS: BAILES Y ROMERÍAS

Escribió Serapio Múgica en *Geografía de Guipúzcoa* (1918):

“El carácter donostiarra es jovial, alegre. Busca en cualquier minucia objeto de diversión y entretenimiento: no es, pues, extraño que desde antiguo se haya distinguido la capital de Guipúzcoa por su constancia y gusto en la organización de fiestas, que unas veces son de alto ambiente artístico y otras de callejera jarana, pero nunca ramplonas ni de mal gusto. Incluso cuando la ciudad eran escombros humeantes, los vecinos de la ciudad se animaron a preparar sencillas fiestas en las calles. Este carácter jovial por una parte, y el deseo de proporcionar elementos de diversión a la gente veraniega por otra, hacen que en San Sebastián haya casi continuamente fiestas de índole diversa. Cuando haya que organizar fiestas, nadie dispute la palma a San Sebastián, que siempre tuvo fama bien merecida. Aquí, como en ninguna otra parte, la juventud viene bien instruida del vientre de sus madres. Los donostiarras tienen don especial para idear una fiesta nueva cada año; es proverbial su maña en toda clase de asuntos”.

La Trinidad, Portaletas, Campos Eliseos en Martutene, Igeldo, Unión Artesana, La Burgalesa, El Riojano... eran algunos de los muchos lugares en los que se organizaban bailes en Donostia. Siempre había opción de disfrutar de la música en un ambiente distendido y, así, dejar ser cortejada por algún joven. “Sí, había baile casi todas las noches, no sé cómo sería, pero solía haber muchas veces. Éramos muy juerguistas, yo no me perdía muchos. Solía ser por la noche siempre”, recuerda Fani.



Figura 8. Cucaña en el puerto

Pero la celebración de Santa Rita era tan esperada que Jesusa cosía para Fani un vestido especial. Era un gran día festivo. Adornaban Portaletas con flores, ponían pequeños puestos, la gente cantaba y, como no podía ser de otra manera, bailaba. “Había romería y los bares solían dar mucha comida”, recuerda Fani que acudía al evento con alpargatas y vestidos de percal diseñados para la ocasión.

8. JUEGOS

Los jóvenes de la calle Euskal Herria solían ir a Urgull a recoger moras. Pero los chicos del Muelle se las robaban, “eran malos, no nos llevábamos bien con ellos”, dice Mari Carmen Gar-

cía de la Yedra. En la familia Igareta, aprovechaban el carácter y la altura de Jesusa para amedrentar a los que molestaban. “Esos prendas no nos dejan jugar, me decían, entonces iba yo y lo arreglaba. Era más alta que los demás, en cuanto me veían se iban, los chicos me tenían miedo”, cuenta Jesusa sin evitar la sonrisa de satisfacción que le producía.

Las de la calle Mayor solían ir a la plazuela La Sala a jugar, en la que había un león antes de la fuente que pusieron más tarde. Los niños se las ingeniaban para divertirse. Jesusa era muy buena a las tabas, pero también le gustaba el diábolo. Las hermanas De la Yedra aprovechaban la visita de los veraneantes para montar en las bicis que ellos traían. Jugaban a *guardias y ladrones*, a *prendas*, a *txorro morro*, a *matrículas* (contar las locales y las extranjeras), y hacían países con los adoquines a los que los demás tenían que acertar sus nombres.

CONCLUSIÓN

Los testimonios reflejan la solidaridad entre las vecindades de la Parte Vieja donostiarra y lo que era para ellas el concepto de vecindad: se trataba de gente muy humilde que compartía y que ofrecía su ayuda a los demás de forma incondicional. Las familias muestran su capacidad de aprovechar lo que ofrecía la naturaleza del entorno y todas las oportunidades que permitían las condiciones del momento. Se reflejan ciertos oficios de la época, muchos de los cuales no existen a día de hoy. A pesar de los escasos recursos económicos y el duro trabajo que realizaban cada día, no perdían el humor y aprovechaban todas las oportunidades para organizar fiestas y celebraciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ECHEGARAI, B. “La vecindad. Relaciones que engendra en el País Vasco”. En: *Revista Internacional de Estudios Vascos*, RIEV, XXIII, 1932, 4-6; pp. 476-504 y 546-564.
- GONZÁLEZ DIOS, E. “Las comunidades de vecinos de la jurisdicción de San Sebastián. De su organización en la época moderna a su persistencia en la contemporánea. El caso de la comunidad de Zubieta”. En: *Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián*, 38, 2004; pp. 673-691.
- MÚGICA ZUFIRÍA, Serapio. “Guipúzcoa”, *Geografía General de País Vasco-Navarro*, 1918.
- MUÑOZ ECHABEGUREN, F. *La vida cotidiana en San Sebastián después de la destrucción de la ciudad. 1813-1816*. Donostia-San Sebastián: Kutxa Fundazioa, 2006.
- PIRALA, A. *San Sebastián en el siglo XIX*, Donostia-San Sebastián: Kutxa Fundazioa, 2001.
- SADA ANGUERA, Javier María; SADA, Asier. *Historia de San Sebastián*, Txertoa, 2008.

FICHAS DE LAS INFORMANTES

Jesusa Igareta (1909-2007). Nacida en la Parte Vieja de Donostia (1909), de profesión modista. Sus padres eran también vecinos de la Parte Vieja. Hija de Mikaela Egiguren, dedicada a sus labores y de Blas Igareta, el encargado de abrir y cerrar las compuertas del puerto y realizar labores de mantenimiento del Muelle. Vivieron en la calle Mayor, junto a la familia, cambió de vivienda durante un periodo de obras en la anterior casa hasta que se casó y se mudó a la calle Easo. Durante la Guerra Civil la familia salió de Donostia y volvió en cuanto terminó. Eran once hermanos en total. Jesusa Igareta falleció en marzo de 2007 y la información recabada para este trabajo procede de una grabación realizada en navidades de 2002. Era una conversación entre ella y su hermana Fani en la que contaban a sus nietos cómo vivieron en la Parte Vieja donostiarra.

Fani Igareta (1918-2010). Nacida en la Parte Vieja de Donostia, de profesión peluquera. Hermana de Jesusa Igareta, por lo que los datos familiares son idénticos a los anteriores. Vivió en la Parte Vieja donostiarra hasta el año 1991, cuando se mudó a Amara.

Mari Carmen García de la Yedra y María Pilar García de la Yedra. Mari Carmen (1924-2012) y María Pilar de la Yedra (1925-2014) nacieron en la calle Euskal Herria. Las dos vivieron en la misma casa en la que nacieron. Consiguieron hacerse propietarias de la vivienda, pero durante muchos años vivieron en alquiler. La entrevista se realizó concertando una cita previa. En ella se tomó como base el cuestionario de Vecindad de José Miguel Barandiaran.